

*¡Qué angustia, qué espanto,
qué horror, Cielo santo!*

¡Temblad! No os sonroje,
temblar, ¡oh, mortales!,
que veis, en tan breves momentos,
las iras de Dios, celestiales,
trocadas en rápidos vientos.
Si Dios es clemencia,
bondad que subyuga, suprema delicia,
también es á veces violencia
que el mundo provoca, ¡suprema Justicia!
Bien es que á las veces,—á veces el hombre
maldice Su Nombre,—
proclame que siempre le acatan
los vientos que aterran,
las nubes que rayos encierran,
los truenos que asordan, los rayos que matan
Bien es que revele, por modo sublime,
su magno poder, infinito,
que bienes ó penas prodiga.
Bien es que pregone que el Dios que redime
también es á veces el Dios que castiga.

Por Él, en los cielos, sublimes altares,
irradian los rayos, con luz que deslumbra,
la luz de Sus Rayos, eterna.
¡Por Él, á los mares,
se impone también la Galerna!...

PAISAJES

BUCÓLICA

El sol, ya sin corona, declina tras el monte.
Está como incendiado... Deslumbra el horizonte...

Empieza á desprenderse la sombra sosegada.
Ya sube desde el río, ya invade la cañada.

Por las ondas del aire, hace poco tranquilas,
suena, con claras notas, un repique de esquilas,

y un rebaño aparece, confuso y blanquecino,
dominando un repecho del angosto camino.

Es uno de esos típicos, numerosos rebaños,
que la tórrida Mancha dejan todos los años

cuando el calor de Junio, como temible azote,
requema las llanuras que ilustró *Don Quijote*,

para buscar la fresca temperatura sana
que en verano les brinda la tierra segoviana.

Viene el largo rebaño, de polvo muy cubierto,
con andar fatigoso, en demanda del puerto.

Para dejarle paso, me encaramo en la cerca
de unos prados vecinos. El rebaño se acerca.

Un buen pastor lo guía, seguido por sus perros,
y van detrás, sonando sus enormes cencerros,

unos carneros mansos, que marchan muy unidos,
de lanas muy espesas y cuernos retorcidos.

Siguen muchas ovejas, á miles, apretadas,
como si fueran todas por el miedo llevadas;

cabras negras y rubias, como noches y días,
y entre cabras y ovejas, rebrincando, las crías.

A lomos de sus recios caballos andadores
llevan el *atavío* los morenos pastores,

que á su grey acompañan, con perenne cuidado,
y que á la postre cierran la marcha del ganado,

con otro blanco golpe de carneros lucidos,
— las testas bien armadas de cuernos retorcidos,

los cuerpos tanguardados, con lanas tan espesas, —
y cuatro grandes perros, feroces en sus presas.

En un serón de un potro va un chivo fatigado.
Ni un momento se aparta la madre de su lado.

Mirándole se alegra, mirándole camina.
El chivillo se asoma, y la madre se empina,

y así como los pájaros se besan con los picos,
juntan ellos, gozosos, los trémulos hocicos.

Si alguna oveja escapa por la verde ladera,
un pastor la detiene con pedrada certera,

y repite su historia la oveja desmandada
con quien ejerce oficios de razón la pedrada.

El rebaño se aleja. La noche se avecina.
En las sombras, que crecen, el rebaño camina.

Mientras se va apagando la tarde melancólica,
se va desvaneciendo la aparición bucólica.

Voy, sin sentir, dejando *el mundo y su ruido*
en un lejano término de un sosegado olvido.

—

Paréceme que aquieta sus zozobras el alma
en la paz inefable de esta infinita calma...

—

Desde un pueblo cercano, llegan las vibraciones,
graves y prolongadas, del toque de oraciones.

—

El aire es apacible. Sopla apenas, muy blando.
Ya muy lejos, muy lejos, un pastor va cantando.

—

En este misterioso morir de un bello día,
el campo da su aroma más puro: su poesía.

—

Bajo su influjo mágico, parece la cañada
más hermosa que nunca, ¡de sí misma encantada!

—

Por el sereno ambiente de este cuadro de idilio,
dijérase que pasa la sombra de Virgilio...

MAÑANA DE JUNIO

El sol se ha presentado tan sonriente
desgarrando las sombras allá en Oriente,
sus rayos nos deslumbran de tal manera,
que parece que brilla por vez primera.
Con él se ha levantado la fresca brisa,
vacilante al principio, como indecisa,
como si no pudiera, con soplo lento,
recobrar, de improviso, todo su aliento.
Péro pronto se alegra, pronto se anima;
se tiende por el valle, trepa á la cima;
roza de las montañas los verdes flancos;
se escurre por las quiebras de los barrancos;
se enreda entre las ramas de los pinares,
y juega con el humo de los hogares...
Y lo mismo en la cumbre, de sol bañada,
que en la grata penumbra de la cañada,
por donde va volando, lleva alegría...
¡el alegre saludo del nuevo día!

Mañana deliciosa, toda pureza;
regalo de la Madre Naturaleza;
expansión de la vida del tiempo mozo,
que retorna á los campos lleno de gozo:
cuanto vuelve contigo de ti se engríe,
canta con tu hermosura, ¡contigo ríe!
Todo á tu paso leve feliz despierta.
Vas llamando en el pueblo, de puerta en puerta,
y á tu aviso discreto, con luz de aurora,
va saliendo la gente madrugadora.

Los árboles estaban medio dormidos;
ya despiértanse todos, estremecidos,
estirando las ramas, cabecéando,
como si se estuvieran desperezando...
y al sentir las caricias del sol ardiente,
se levantan y esponjan, ¡tan guapamente!

Los pájaros se escapan de las umbrías,
para darse en el aire los «buenos días»;
vuelan todos, revuelan, alborozados,
con los rápidos vuelos entrecruzados,
y al tornar á sus ramas y hallar sus nidos,
alegran los pinares con sus chillidos.

Las aguas del arroyo parecen locas;
por lo inquietas que saltan sobre las rocas;
en su cauce de peñas, de tajo en tajo,
rebrincando de gusto, montaña abajo;
reventando en espumas tornasoladas,
igual que si rompieran en carcajadas.

Los rosales se cubren de mariposas,
como si se pusieran alas sus rosas;
mariposas vestidas de resplandores,
que en los frescos rosales son como flores.

Da vueltas y más vueltas, aprisa, ¡aprisa!
una campana alegre tocando á misa,
¡y es la canción vibrante de la campana
un himno á la hermosura de la mañana!

¡Cuán brillante, cuán puro, cuán transparente,
cuán barrido de nieblas, está el ambiente!
En sus ondas tan limpias, tan sosegadas,
destácanse las cosas como engarzadas.
Y es á la vez el aire tan vivo y loco,
vuela tan lisonjero, pesa tan poco,
tales son sus olores á cosas buenas,
¡que parece que pasa quitando penas!

¡Oh, hermosa lozania del tiempo mozo,
que retorna á los campos lleno de gozo;
oh, gozo de los hombres y de las cosas,
en las buenas mañanas, buenas y hermosas;
cuando todo es ventura, calma y consuelo,
la luz como una risa del claro cielo,
y una risa del aire la inquieta brisa
que en el bosque se pierde... loca de risa!

Mañana deliciosa, buena mañana,
alegre como el toque de esa campana
que en su torre da vueltas, aprisa, ¡aprisa!

cada vez más gozosa, tocando á misa:
en el pecho me infundes alientos sanos,
al soplo de estos puros aires serranos;
enciendes á mis ojos, en lontananza,
con reflejos brillantes, luz de esperanza;
mi frente oreas,
y en mi mente disipas tristes ideas...
¡Mañana cariñosa, bendita seas!

EL TREN QUE PASA

Va cayendo la tarde,
tranquila y despejada.

Estoy en pleno campo.
Mi perro me acompaña.

Voy á cruzar la vía,
para seguir mi marcha.

Me detiene el aviso
de un silbato, á distancia.

Un tren, que se me acerca,
avanza, ¡avanza!, ¡¡avanza!!

Llega, tendida al aire
su cabellera blanca.

Pasa el lujoso *expreso*...
Un rebaño se espanta...

—
Es que el Campo se asusta
de la Ciudad, que pasa.

¡ESTA ES CASTILLA!

—
Déjame, Campo, que te mire á solas,
mientras me arrullan auras estivales;
tierra de opimos, pródidos trigales;
de trigos altos, en rizadas olas.

¡Tierra que, luego, para el hombre inmolas
todo tu bien, alivio de sus males,
y que muestras al Sol, —vivas señales
de ruda lid—, sangrientas amapolas!

Campo que al sol, en tan risueños meses,
descubres tu bondad: mientras bendigo
tu mar inquieto, de tan ricas mieses,

bendiga Dios los frutos de tu entraña;
bendiga Dios los panes de tu trigo;
¡los frutos de tu amor!, ¡el pan de España!

TONADA «DE ARAR»

«La mañana fué serena,
toda luz, toda bondad.
Con un aire fresco y puro,
muy más claro que el cristal.
¡Bien trabajaron mis bueyes!
Araron bien á la par.
¡Bien trabajé con mi yunta,
por mi oficio de gañán!
*¡Hála, mi yunta! Mis bueyes
tan rozagantes: ¡arad!*

»La tarde llegó tranquila,
toda luz y toda paz.
Con un aire de Poniente
que no cesa de cantar.
Porque huele como á flores
debe de ser tan jovial.

Arad, mis bueyes. Aún queda
campo bastante que arar.
*¡Hála, mi yunta! Mis bueyes,
tan recios los dos: ¡arad!*

» ¡Ved qué campos tan bondosos!
Nunca se cansan de dar
bienes con que al fin hayamos
venturas, amores, paz.
¡Ved, en tantas, tantas veces,
cómo se dejan labrar!
¡Cómo esperan las semillas,
que en los surcos lloverán!
*¡Hála, mi yunta! Mis bueyes,
arad, ¡vive Dios! ¡Arad!*

» Dios bendiga nuestros campos,
que tales bienes darán;
que bienes tantos nos dieran,
por tan noble caridad.
Se cubrirán de amapolas.
De espigas se cubrirán.
Por brisas acariciados,
bajo Sol canicular...
*¡Hála, mi yunta! Mis bueyes,
arad bajo el Sol. ¡Arad!*

» Quiere Dios que cumplan todos
con un deber ejemplar.
Con las sus tierras, los hombres,
cultivándolas en paz;
con los hombres, las sus tierras,
que les den sabroso pan,
y en el reino de los hombres
cada cual con cada cual.
*¡Hála, mi yunta! Mis bueyes,
vos lo ordena Dios: ¡arad!*

» Se va acercando la noche.
Ya es hora de reposar.
Quien cumplió con sus deberes,
bien es que repose en paz.
Las tierras, bajo los cielos;
los bueyes, en su lugar;
los hombres, en sus hogares
que dichas tantas les dan.
*¡Basta ya, mi noble yunta!
¡Reposemos! ¡Basta ya!»*

«TRAGA-PIÑONES»

El chivillo blanco y negro
luce en la frente una estrella:
una estrellica muy blanca
sobre una frente muy negra.

Al chivillo le dicen
«Traga-piñones».
Y el chivillo se pasa
toda la vida
corre que corre.

¡De puro vivo!
¡Corre, corre pilluelo!
¡Corre, chivillo!

Por las gracias del chivillo
la gran majada se alegra.
Por el chivo blanqui-negro
que nació con tal estrella.

Por el menudo
«Traga-piñones»,
tras quien va la su madre,
la cabra negra,
corre que corre.

¡Brinca, chivillo!
La tu madre te sigue,
brinco tras brinco.

Y el chivillo no descansa.
Vuelve, llega, sigue, torna,
llenos de luz los ojuelos,
llena de flores la boca.

Y en tanto corre,
juega que juega,
parece que le siguen,
dándole bríos,
dándole cuerda.

¡Disfruta y corre!
Dios te protege, lindo
«Traga-piñones».

OTRAS POESÍAS

PASO DOBLE

Sale de misa el batallón
y va alegrando la Ciudad.
En cada límpido balcón
hay una cálida explosión
de alborozada claridad.

Un despejado sol de Abril,
el Sol en nueva juventud,
lanza á torrentes rayos mil
sobre la inquieta multitud.

Suena el redoble del tambor.
Suena y resuena sin cesar,
sobre el estrépito mayor
de la charanga militar.
E infunde bélico valor
con tanto y tanto resonar.

¡Ah, la charanga militar!

Siente la inquieta multitud,
con un dulcísimo sentir,
un gran efluvio de salud,
un ansia alegre de vivir.

Y va marchando el batallón
con juvenil marcialidad,
estremeciendo de emoción
el corazón de la Ciudad.

Y en cada límpido balcón
hay una cálida explosión
de alborozada claridad.

LOS OJOS QUE VUELVEN

Mi madre murió, y á poco
Dios quiso mandarme un hijo
que renueva la dulzura
de mi madre, sus hechizos;
un ángel en cuerpo y alma,
con encantos peregrinos.
¡¡Un viejo!! Tiene tres años.
Apenas los ha cumplido.

Sus grandes ojos, azules,
transparentes y tranquilos,
son los suyos; ¡son los ojos
de mi madre!, ¡son los mismos!

Cuando en ellos me retrato,
con emoción, me imagino
que me reflejan, de nuevo,
los de mi madre, dulcísimos;
los grandes ojos celestes
en que gozaban los míos,

adivinando en sus luces
 las luces del paraíso;
 sus grandes ojos, luceros
 azules, trémulos, vivos,
 en mis noches implacables
 de amarguras y delirios.

—
 Cuando mi niño me mira,
 con miradas de cariño,
 mientras, temblando, en el fondo
 de sus pupilas me miro,
 pienso que tornan, á veces,
 los goces del tiempo antiguo:
 ¡que es mi madre quien me mira
 desde los ojos del niño!

—
 Claros ojos de mi madre,
 que me devuelve el destino,
 para unir en mis ideas
 las del padre y las del hijo;
 claros ojos, tan serenos,
 tan celestes: ¡yo os bendigo!

—
 Dios prolongue la existencia
 del ángel rubio, tan fino,
 tan sano; tan picaresco,
 tan revoltoso, tan lindo.
 Si la Muerte me robara
 sus adorables hechizos;

si quedaran en las sombras
 sus grandes ojos dormidos,
 y yo los mirara muertos,
 en tantas angustias vivo,
 llorara doble infortunio,
 ¡sufriera doble suplicio!
 ¡Fuera morirse, de nuevo,
 mi santa madre... Dios mío!

—
 ¡Pero, no! Pasad, tinieblas
 de mis augurios fatídicos.
 Luzca el sol de la esperanza,
 sobre el recuerdo sombrío.
 ¡Goce mi madre del Cielo!
 ¡Cante en mis brazos mi niño!

EL POBRE ARROYO

Este arroyo, que corre tan callado,
bajo frondas, del sol tan escondido,
es imagen del hombre fatigado,
temeroso del mundo y su rúido.

De gran montaña, portentosa, fluye.
La luz del sol le asusta, de repente,
y al punto, luego, sobre peñas huye,
filtrando bajo frondas su corriente.

Todo le espanta, le emociona todo,
y allá va, por el lecho tan profundo
del barranco sin sol, buscando el modo
de escapar de los hombres y del Mundo.

Pobre arroyuelo, que ni aun tienes nombre:
sal de las frondas. Por tu bien lo anheló.
Sé como yo. No mires para el Hombre.
Pero mira, sin tregua, para el Cielo.

*
* *

Niño que pusiste miradas atentas
en mis pobres versos:
si mi libro pones en tu frente pura...
sentirás un beso.

Beso de un pöeta
que, si ya no fuere tu mejor amigo,
bien quisiera serlo.
